

rales á los auxilios del arte, hasta el punto de poder numerarse como el regenerador de la oratoria sagrada en Italia; pero eran tantos los defectos que esta entonces tenia, que á pesar de sus buenas prendas, Segñeri no acertó siempre á evitarlos: algunas veces se pierde en vanos conceptos y en juegos de bocablos, abuso muy generalizado entonces: es tambien inoportuno en las citas, otras veces debilita la energía del discurso con la multitud de textos, perjudicándole su copiosa erudicion, especialmente empleando con demasiada frecuencia el uso de las fábulas mitológicas, que no deben usarse en la cátedra de la verdad. De seguro se hubiera granjeado un nombre universal si á su doctrina y facundia hubiera acompañado un buen gusto y un ilustrado juicio; mas á pesar de su falta, sus sermones, traducidos á diferentes idiomas, entre ellos al español, demuestran la influencia legítima que ejerció en el desarrollo y perfeccion de la elocuencia sagrada, pudiendo decirse maestro entre los suyos, por la fecundidad de ingenio, originalidad de pensamientos y riqueza de locucion.

HISTORIA

DE LA

ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO CUARTO.

ÉPOCA CUARTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Consideraciones generales.—Predicadores anteriores á la revolucion: Boulogne.—Frayssinous.—Maccarthy.—Guyon.

Los acontecimientos que tuvieron lugar á fines del pasado siglo, los que han sobrevenido despues, han ejercido y están llamados á ejercer una notable influencia en la oratoria del púlpito.

Al llegar en estas investigaciones históricas á la época moderna, nuestra tarea debe limitarse á muy estrechos límites, evitando calificar ciertos hechos, cuyas consecuencias aun no es fácil preveer ni calcular.

Quando nos dirigimos al clero anunciando la publicacion de este libro, deciamos que la elocuencia cristiana atravesaba un período de renovacion, especialmente en nuestra pátria, y esta es una verdad.

Después de nuestros grandes oradores del siglo XVI y de los que hemos citado en los capítulos anteriores, no son muchos los que merecen una especial mención. Barcia, Vieira y otros han contribuido en España á mantener el esplendor del púlpito: no han faltado jamás en nuestro suelo oradores excelentes, teólogos insignes, moralistas edificantes; pero el privilegio de atraer en la época moderna las miradas del historiador de la palabra santa, corresponde de derecho á los franceses, iniciadores del nuevo estilo de la elocuencia sagrada, que tiene un ancho campo que recorrer, y en el cual algunos ilustrados sacerdotes españoles han comenzado á brillar en nuestros días con justísimos títulos.

Sin citar nombres propios, porque no entra en nuestro plan, alentar debemos á los que comprendiendo el nuevo carácter de la oratoria del púlpito, se esfuerzan por combatir desde la cátedra del Espíritu Santo las funestas teorías que legaron al mundo atrevidos innovadores, que osados trastornaron hasta en sus cimientos la sociedad.

Época de lucha activa é incesante es á la que hemos llegado. Los grandes modelos de elocuencia tranquila y reposada que pudiéramos presentar y que han brillado en España desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, nos harían ir demasiado lejos, y no nos dejarían espacio para consignar en las páginas que nos faltan nuestras opiniones sobre los iniciadores de la escuela moderna del púlpito, para la cual se hace precisa una especial preparación en la juventud.

Los filósofos fueron los precursores de la revolución, los predicadores sus profetas: el movimiento revolucionario se operó, como sucede siempre, en la idea; se trasmitió más tarde á la voluntad, se tradujo por último en acontecimientos

que la pluma se resiste á trazar. Grandes lecciones guardan las páginas sangrientas de la revolución; y, ¡locura incomprendible! aun hay panegiristas ciegos de aquellos horrores, aun hay ilusos que no se estremecen y tiemblan por sus hijos, por sus esposas, por sí mismos, y desean la reproducción de nuevos y mayores atentados. Cuando después de los sangrientos combates que destrozaron la Francia y espantaron la Europa civilizada, la cruz volvió á reaparecer sobre las ruinas de aquel pueblo, como signo de regeneración y de olvido, muchos creyeron que iba á permitirse á los sacerdotes, vueltos del destierro, combatir con la libertad de los apóstoles los funestos principios que habían barrenado el edificio social, y anunciar sin obstáculo las verdades santas que forman la vida de los imperios; pero Bonaparte, que pretendía tener en su mano á los sacerdotes como instrumentos de servidumbre, encadenó su palabra y la hizo enmudecer muchas veces, y los reyes no fueron tampoco en este punto más reflexivos. La religión que había presidido hasta cierto punto la formación de la monarquía, no fué admitida en el Estado sino como por gracia y por un acto de deferencia debido á su carácter divino. La mayoría de los poderosos y de los hombres de gobierno no escucharon los discursos del sacerdocio, sino porque la etiqueta les obligaba á concurrir á las fiestas religiosas. El espíritu de impiedad, que se había infiltrado en las entrañas sociales, llevaba consigo la indiferencia ó el desden hacia todas las prácticas del culto católico. La piedad de algunos nobles y de muchos individuos del pueblo no era bastante para dar á los predicadores el ascendiente que exige su santo ministerio, y no obstante, muchos triunfaron de tantos y tantos obstáculos. Bajo el imperio y bajo la restauración, el púlpito fran-

cés tuvo todavía oradores famosos por su elocuencia, que proclamaron con dignidad los dogmas de la fé, atacaron con la autoridad de la razon los extravíos de una filosofia impía, y abrieron en realidad la nueva escuela de que mas tarde llegaron á ser grandes maestros los PP. Lacordaire, Ravignan, Ráulica, y últimamente el P. Félix, á quien no hace mucho hemos tenido la dicha de oír con increíble entusiasmo.

Cuando en el tomo tercero nos ocupemos de los medios de realizar la mision de la elocuencia del púlpito, espondremos acerca del nuevo estilo de la oratoria sagrada lo que nos parece en cuanto á su aplicacion á España; donde, si es cierto que existe la unidad religiosa, no es menos evidente que el clero debe estar preparado para todo, una vez habiendo logrado adquirir carta de naturaleza entre nosotros, los mas exagerados delirios de la vanidad y del orgullo humano.

No fué bastante en Francia, despues de la revolucion, no ha sido en otros paises, no lo es en España hoy dia la sencilla esposicion del dogma, la censura del vicio por la severidad del Evangelio, la escitacion á la virtud hecha por el párroco desde el presbiterio de su iglesia. Seria un absurdo sostener que todos los auditorios son iguales, pretender que en la aldea se predique como en la ciudad; nosotros combatiremos esto con todas nuestras fuerzas; pero al describir el último aspecto de la elocuencia cristiana, nuestro deber era fijarnos en sus tendencias de mas bulto, de mas relieve, ya que no podamos ni queremos decir de mas importancia.

Por esto, á pesar de tener reunidos los nombres de los predicadores que en España y en otros paises se han señalado desde la revolucion hasta nuestros dias, hemos preferido dar á conocer las tendencias universales de la elocuencia cris-

tiana, en vez de examinar detenidamente sus trabajos oratorios, de gran estima, de aplicacion inmediata para la generalidad de los predicadores, pero cuyo carácter distintivo es la uncion evangélica, la sencillez, la naturalidad, el buen método, la claridad en la esposicion, de que antes de ahora hemos señalado grandes modelos en nuestro libro.

Lo difícil no es seguir entre nosotros la escuela mística: nuestros sermonarios son morales en su mayor parte, pocos de ellos tienden á la universalidad de la enseñanza evangélica que hallamos hoy en los mas famosos predicadores de la Francia: allí todas las escuelas tienen sus representantes y sus adictos, todos los sistemas ardientes defensores: no hay unidad en la creencia ni en el culto; no hay tranquila posesion, sino agitada controversia; lucha de pensamiento y de pasion; y esto que caracteriza el estado social de la Francia, comienza á hacerse estensivo á otros paises, y desgraciadamente al nuestro tambien. El progreso material aviva las pasiones; la sed de goces inmoderados y de riquezas conduce al olvido de la moral, y es forzoso dar importancia á esa lucha entre el espíritu del bien y el espíritu del mal, que siempre es la misma, pero que en sus formas es varia é inconstante.

Cuando dirijamos nuestra voz á los párrocos, á los misioneros, les diremos: Seguid, seguid vuestro camino; hablad como hablais á esas gentes sencillas que os rodean, que os siguen llenas de fervor, de fé y de entusiasmo; pero al trazar los rasgos distintivos de la elocuencia moderna, y podemos llamar así á la que parte de la revolucion francesa, nuestro lenguaje tiene que ser diferente: necesitamos alentar á los jóvenes que pudieran arredrarse ante las dificultades de la nue-

va mision del púlpito, mostrándoles los que en ese terreno les han precedido. Solo el ejemplo de esas grandes lumbreras puede facilitar el camino de su preparacion, y son por esto los capítulos de este libro los de mayor interés práctico en las aulas, si no se han olvidado las sábias lecciones que guarda la historia de la palabra santa en las épocas anteriores.

Circunscribamos, pues, nuestras observaciones y hagamos el exámen de los oradores que han adaptado sus enseñanzas á las necesidades de la época actual.

Boulogne.

Este insigne orador, Obispo de Troyes, se habia distinguido antes de la revolucion: despues de los tristes sucesos que todos conocemos, su palabra adquirió nueva vida, mayor importancia y autoridad.

Las ideas de orden, de consecuencia, de justicia, dexteradas entre los hombres, se despiertan por medio de sus discursos y pastorales: las nuevas teorías hallan en sus trabajos oratorios correctivos seguros, y los enemigos mismos de su gloria confiesan su grande atractivo y su irresistible poder.

Como medio mas seguro de conocer la índole de sus sermones, trasladaremos de ellos algunos pasajes, que pueden servir de ejemplo á la juventud.

«Fútiles razonadores, esclama en uno de sus discursos, me ofreceis sistemas, y yo pido consuelos. ¿Qué me importa toda esa pomposa palabrería con que fatigais mi razon? Necesito auxilios que alivien mi corazon; mi corazon es el que padece, el que está enfermo, y vosotros lo dejais entregado

á su avidez, le arrancais su mas querida esperanza; y para aliviar mis desgracias no pensais sino en alimentar mi orgullo. ¡Ah! ¡si pudiérais contar todos los desgraciados que habeis! Habeis seducido á los ricos y á los grandes del mundo, y de ello no me admiro, porque la abundancia corrompe y las grandezas ciegan. Pero vuestro triunfo es todavia imperfecto; llevad vuestra árida moral á las tristes cabañas, id á enseñar á ese infeliz á quien el hambre devora, á esa desconsolada madre, cuyo tierno niño se alimenta menos con leche que con lágrimas; á ese infeliz acostado sobre la húmeda paja, id á decirle que es victima de su credulidad, que al estrechar entre sus brazos la efigie de un Dios que padece, no abraza mas que un vano fantasma, que no hay Jesus que lo favorezca, que únicamente su razon debe ser su salvacion, su único auxilio, todo su consuelo.... Bárbaros, no os atreveis: ¿creeríais insultar su estado y ultrajar su infortunio? ¿podria oiros él mismo? ¿Disertaríais mientras él llora? ¿razonaríais mientras padece? Cuando se llora y se padece, se necesitan remedios, y no máximas, sentimientos, y no discursos. ¡Ah! el Dios afligido á quien adoro, les dá esos remedios, esos sentimientos de fuerza y de paciencia, de paz y de resignacion, de que él es el vivo ejemplo é inagotable fuente. ¡Ah! dejadnos nuestro Evangelio con su sencillez, nuestro Dios con su flaqueza, nuestra cruz y su santa locura: dejad á los pobres su mejor amigo, á los débiles su mas firme apoyo, á los moribundos su único consuelo y á todos los afligidos su salvador y su padre.»

En el siguiente pasaje M. Boulogne desenvuelve admirablemente las grandes pruebas de la religion cristiana.

«Reina sobre el mundo, dice en el mismo sermón hablando de Jesucristo, reina sobre el mundo por medio de sus victorias. ¡Qué no podrá este cuya muerte fué honrada con el

dolor de toda la naturaleza! ¡Qué victorias no debe prometerse el vencedor de la muerte misma, aquel que con su grito postrero nos anuncia que no muere como los demás hombres por necesidad y por flaqueza; que la vida no le es arrancada, sino que la dá él mismo, segun lo habia predicho; y que para herirle la muerte, ha tenido que aguardar, por decirlo así, á que él mismo la dé la señal! Y es de notar, que adquiria pocos discípulos en el tiempo mismo en que despedia mayor resplandor á causa de la santidad de sus obras y del número de sus milagros; ahora que ha padecido el último suplicio como un gran delincuente, los pueblos se postran á sus piés. Mientras sus manos están clavadas en la cruz, agita y sacude, dice la Escritura, las estremidades de la tierra, y todo se conmueve por el poder de su último suspiro. Del interior de su sepulcro nace esa numerosa posteridad que Isaias anunciaba, y donde todas las grandezas vienen á anonadarse, comienzan las suyas.

El calvario es un monte elevado sobre todos los montes; se le distingue desde el oriente al occidente; los reyes acuden desde lejos, los bárbaros se someten, y los gigantes de la tierra vienen á postrarse ante el estandarte de la cruz. ¿Cómo se ha ejecutado esta admirable revolucion, y con qué arte se ha podido desencantar el mundo? ¿Cómo un Dios cubierto de oprobio ha hecho desaparecer esas divinidades tan respetadas, ante quienes se prosternaba el universo? ¿Cómo el águila romana ha venido á colocarse á la sombra del infame patíbulo?...

Hermanos míos, aquí es preciso, es necesario cantar con el profeta. Por el leño ha reinado nuestro Dios. No por el número de los ejércitos ni por la cantidad de los tesoros, ni por los orgullosos razonamientos de una elocuencia vana, sino por la fuerza y secreta virtud del madero ignominioso. Lejos de tenerlo oculto, de embellecerlo con ficciones, ó de disminuir la ignominia con adornos del discurso ó con sutiles alegorías, es predicado sin disimulo y sin rodeo. El gran Pablo no quie-

re hablar sino de ese madero y de su santa locura; de este mismo escándalo hace depender todo el éxito de sus palabras. Los judíos le piden milagros y él les anuncia á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: los griegos piden razonamientos y les anuncia á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, á fin, dice, de que la virtud de la cruz no se debilite y de que ninguna fuerza ni ningún talento puedan apropiarse la grandeza de sus obras ni los progresos de sus victorias: *Ut non gloriatur omnis caro in conspectu ejus.*

Y ahora, ¿dónde están los sábios, los doctores y los curiosos escrutadores de la ciencia de este siglo? *ubi sapiens? ubi scriba?* ¿No está escrito: Perderé la sabiduría de los sábios y reprobareé la prudencia de los prudentes? ¿Quién se ha visto precisado acallar el Evangelio ó la filosofía? ¿Ha caído la cruz delante de los ídolos, ó los ídolos delante de la cruz de Jesucristo? ¿Son los Césares los que han subyugado á los Apóstoles, ó los Apóstoles, deshecho del mundo, los que han subyugado á los invencibles Césares? ¡Grande y magnífico espectáculo! Dios se ha valido de lo que habia mas débil para destrozár lo que habia mas fuerte, de todo lo que habia mas insensato para confundir lo que habia mas presuntuoso, y aun de lo que no existia para aniquilar lo que existia; ha persuadido contra todas las reglas de la persuasion; ha hecho creer en aquel escándalo por medio del escándalo mismo; ha subyugado los mas vastos genios así como los pequeñuelos; ha querido que su religion, del mismo modo que el universo, fuese sacada de la nada; y por esta segunda creacion, no menor que la primera, prueba que todo depende de su mano, y que quien ha trocado y removido el mundo con la sola palanca de su cruz, es el mismo que lo crió con su sola palabra: *Ut ea quæ sunt, per ea quæ non sunt destrueret.*

Y mientras una política profana pregunta todavia cuál es el poderoso brazo que ha destruido el vasto imperio que habia asumido todos los demás, en cuanto á nosotros, hermanos míos, no vemos en esas grandes ruinas sino la invencible fuer-

za de un Dios crucificado, que, según el profeta, debía dividir los despojos de los fuertes, que no permitía el inaudito éxito de sus armas victoriosas sino para abrir en cierto modo mas amplia entrada á su Evangelio y preparar así mayor triunfo á su cruz.

Pero la victoria de las victorias consiste en que la creencia del solo misterio de la cruz hace brillar al punto las mas elevadas virtudes. De las sagradas llagas de Jesus sale repentinamente ese fuego de amor divino desconocido hasta entonces en la tierra, y animada con su sangre, no puede ya contarse la muchedumbre de justos que cada dia produce. ¡Cuánto me complazco en verlos acudir, agruparse alrededor de la cruz y abrazar con júbilo los caminos mas sangrientos! ¡Oh nuevo prodigio! El reino de los sentidos desaparece para ceder su puesto al imperio del alma; los ángeles se muestran en cuerpos mortales; los ricos se despojan de sus bienes para enriquecer á los pobres; los pobres tienen á gala su humillacion y bendicen su infortunio; los desiertos se pueblan de hombres que solo meditan las verdades eternas; del mismo modo que se habian visto correr millares de personas en pos de la fortuna y de los placeres, corren ahora al suplicio y á la mas horrosa muerte; los oprobios de Jesucristo son preferidos á todos los tesoros de la Iglesia, y sus discípulos, al elevarse sobre el hombre, prueban evidentemente que su Maestro crucificado es el Dios único y verdadero. La haz de la tierra se renueva, el cielo parece que desciende, y así trocado el universo en paraiso adora un nuevo Criador....

No nos opongaís el argumento de esas naciones que han caido en la apostasia ni el de esas otras que todavía no lo reconocen....

Cualesquiera que sean los designios de la Providencia, y sin entrar en una profundidad que no pertenece á nuestro asunto, ¿no es cierto que la moral pura que existe sobre la tierra, y que los dogmas acerca de la eternidad de Dios y de la vida futura, profesados en todas partes, son debidos á ese

Crucificado? ¿No es cierto que ese Crucificado es tambien el que hace la distincion entre naciones civilizadas y naciones bárbaras, de manera que donde es desconocido, dominan la oscuridad, la degradacion y la muerte; y que allí donde impera, brillan todas las grandes virtudes y todas las grandes luces? ¿No es cierto que el famoso impostor que invadió tantos países con su sangrienta espada, muy lejos de sonrojarse de ese Crucificado, se declaró su intérprete mas bien que su rival? De manera que el nombre de este Crucificado es todavía superior á todos los nombres, es el primero y al mismo tiempo el último, es el único despues del cual no hay otro, y mientras que el sol de la cruz dá la vuelta alrededor del universo, la mayor parte lo adora como un Dios, al paso que la otra lo honra como un sábio.

Ahora comprendo esa magnífica exaltacion de que él mismo hablaba al anunciar á sus discípulos el género de muerte con que debía morir: *Et ego si exaltatus fuero a terra.* ¡Cuánto ennoblece esta grande espresion el misterio de la cruz y cuán augusto hace su oprobio! Ya está elevado de la tierra: *Exaltatus a terra.* Colocado entre el cielo que ha abierto y el infierno que ha cerrado, midiendo desde lo alto de su cruz el universo, descubriendo el imperio que adquiere y la iglesia que dá á luz, abrazando á todo el género humano con sus brazos estendidos, llamando con una mano al oriente y con otra al occidente; repudiando con una mano el antiguo pueblo y creando el nuevo con la otra; disipando con una mano la ignorancia y con otra la impiedad, y mil veces mas fuerte que Sanson, hace tambien estremecer las dos columnas de aquel templo donde el espíritu de mentira se hacia adorar; mientras que con el encanto de su gracia alumbra y atrae á todos aquellos que su Padre le ha dado, con la fuerza de su brazo subyuga y reduce á polvo cuanto se opone á la magestad de su reino y al triunfo de su cruz: *Et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum.*

Corred, pues, cristianos, venid vosotras todas, hijas de